

F1233

.03

R 83

1893

CAPILLAS MICHOCANAS



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

MEXICO

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

## INTRODUCCION.

En la segunda edicion de esta biografía hecha en Morelia en Diciembre de 1875 publiqué, como prefacio, las siguientes líneas:

“El deseo de contribuir con una ofrenda de gratitud á la memoria del Sr. Ocampo, en el aniversario de su muerte, que el 3 de Junio de este año se celebró en el Colegio civil, me hizo escribir á toda prisa un bosquejo biográfico del filósofo michoacano.

“Mucho tiempo hacia que deseaba consagrarme á este trabajo á fin de que fuera conocida de todos una vida tan fecunda para la historia del país, como tan tierna y bienhechora para la juventud.

“Después de publicado el *Bosquejo*, que no

fué más que un ensayo de este trabajo, reuní mayores datos; consulté documentos oficiales; estudié la historia de nuestras últimas revoluciones, en el pensamiento político de las cuales tuvo el Sr. Ocampo una participación tan directa y una iniciativa tan eficaz, y finalmente, me aproveché de muchas noticias que me fueron ministradas por los amigos íntimos del filósofo. Así es que, aunque imperfecto en cuanto á la forma el estudio que hoy publico, puede considerarse completo y exacto en lo que ve á la narración de los hechos.

“He dedicado mi trabajo á los jóvenes alumnos del colegio civil, porque ellos son el porvenir de Michoacan; porque Ocampo, viviendo, los llamó sus hijos, y porque para ellos fué el último pensamiento del mártir, al pasar de esta vida al cielo de la inmortalidad.

“¡Ojalá que sepan corresponder con sus afanes y con su patriotismo á esa espresion de un noble y santo afecto!”

Han pasado diez y ocho años despues de la primera edicion. Mas de veinte mil ejemplares de todas ellas han circulado en la República y no pocos en el Extranjero. Este pequeño libro ha sido solicitado con interes, y puesto que carece de mérito literario, su demanda es la demostracion patente del amor que inspira la memoria del Sr. Ocampo.

Hoy publico la séptima edicion, advirtien-

do que jamas se ha especulado vendiendo los ejemplares, los cuales se han repartido solamente entre quienes los han pedido.

Yo no haré ya probablemente ninguna otra edicion; pero si esta fuere deseada por algunos, están en libertad de reproducirla cuantas veces gusten, pues no he querido reservarme la propiedad de la obra.

EDUARDO RUIZ.

1-  
lo  
se  
a-  
un  
rra  
sta  
por  
ni-  
gue-  
liti-  
som-  
2

La historia de los hombres filántropos es siempre sencilla y apacible. Le faltan las peripecias, las agitaciones, las aventuras que hacen interesante la de los que se han distinguido por las armas, por las exploraciones audaces ó por empresas arriesgadas.

La vida del guerrero es el curso del torrente que se despeña de los montes, desgajando árboles y arrollando los obstáculos que se presentan á su paso; en tanto que la existencia del sabio es la mansa corriente de un arroyo que va tranquila, fecundando la tierra y haciendo brotar flores por donde la vista solo contemplaba un desierto árido y triste.

A veces sin embargo, el hombre que por su ciencia se consagra á servir á la humanidad, aunque extraño á los horrores de la guerra, suele ser víctima de las pasiones políticas, sólo porque proclama sus ideas á la som-

bra de una bandera bienhechora: á su lado ruje la tempestad de la envidia que, impotente para producir el bien, es por desgracia harto poderosa para sembrar la muerte con su hábito de destrucción.

Sócrates, Tomas Morus, Savonarola, Giordano Bruno y tantos otros insignes filósofos que no tenían más delito que soñar en la felicidad del mundo, cuando el mundo ni la comprendía ni hubiera querido aceptarla, son el ejemplo de esta triste verdad.

México, nación joven, nación llena de sufrimientos y víctima de los vaivenes políticos en los primeros años de su existencia como cuerpo social independiente, nos ofreció en la vida de Ocampo, una prueba más de que el espíritu de partido, insaciable como el dios fatal del paganismo, devora á sus propios hijos en una hora de criminal despecho y de funesta impotencia.

¿Quiénes fueron los padres de Ocampo? Una discreción respetuosa, un acatamiento al silencio que sobre este particular se impuso siempre el mártir de Tepeji del Rio, nos veda decirlo. Baste sólo saber que su nacimiento fué el fruto de amores ya que no legítimos, si limpios de todo crimen.

Por los años de 1812 á 1813 vivía en su hacienda de Pateo—Michoacan—la Srta. Francisca Tapia, joven de alma energética y corazón ardiente. Había quedado huérfana, y ella misma dirigía los trabajos agrícolas de su finca.

No faltó quien codiciase aquella fértil y rica posesion rústica, y la dueña se vió envuelta en un pleito judicial. A fin de patrocinarla salió de México el Sr. Lic. D. Ignacio Alas, joven abogado, entusiasta por las ideas de independencia que entonces hervían en el corazón de los buenos mexicanos. El Sr. Alas fué á vivir á Pateo; y desde allí sostenía una correspondencia activa con los héroes de Zitácuaro y desde allí iba á Maravatio con motivo del asunto que estaba encargado á su profesion.

Damos á conocer á estas personas y hacemos mención de sus cualidades, por la influencia fecunda y poderosa que ambas ejercieron en la vida del Sr. Ocampo.

El Sr. Ocampo nació en México el 6 de Enero de 1814. Fué su madrina de bautismo (6 al menos con este carácter la reconocia el niño Melchor) la Srta. Tapia que por aque-

entonces se había trasladado á la capital del Virreinato.

Aquella mujer, tan amante como generosa, dedicó toda su vida á la educacion del jóven Ocampo. Niño, le llevó á su lado; y allí, en las márgenes del fecundo Lerma, en aquellas poéticas colinas, en donde una Ceres exuberante premia cada año los trabajos del labrador, Ocampo imprimió en su alma el sello de un amor sin límites por la ciencia agrícola, que fué durante su vida su única pasión favorita, el elemento más poderoso que tuvo "para hacer á sus semejantes todo el bien posible."

En los primeros años de su permanencia en Pateo, aquel niño grave y meditabundo, se divertía jugando á los jardines, á las siembras, á las tomas de agua, á las nivelaciones de terrenos. Los peones le miraban con respeto, y su madrina entreveía para él un porvenir lleno de calma y bienestar, como es la vida que corre en el campo, agena á los trastornos políticos, dulce y dichoso estado que hizo decir á Fray Luis de Leon:

"¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!"

¡Ay! aquella tierna madre no sabía que la muerte, guiada por la mano de un asesino, vendria á arrancar un día á su hijo adoptivo de aquellas fértiles praderas, de aquel sonoro, de aquel tranquilo lago, de aquel espeso y misterioso bosque, para conducirlo fríamente al cadalso.

El niño Ocampo marchó á México, y allí siempre al cuidado y vigilancia de su tutor el Lic. D. Ignacio Alas, entró á la escuela; era este un buen establecimiento, situado en la Calle de la Aduana Vieja, bajo la direccion de un respetable é instruido maestro.

Por esos dias, la Nacion habia recobrado su independencia, y en todas partes se respiraba el deseado ambiente de la libertad. Una vida social, preñada de esperanzas, comenzaba para el país; y aunque imperfectos, los principios del alma democracia, saturaban las conversaciones particulares, las lecciones de la escuela y los estudios del colegio. El púlpito mismo hacia resonar las bóvedas del templo con los himnos de la victoria de un pueblo. He aquí las impresiones primeras del corazon de aquel niño. Desde entonces su exis-

tencia estuvo siempre consagrada á la patria, desde entónces guardó inextinguible en el pecho el fuego de un santo patriotismo.

El Seminario conciliar de Morelia era en aquel tiempo el mejor plantel de instruccion de toda la República. Habia entónces en dicha ciudad un clero instruido, laborioso, liberal, que llenaba con su prestigio las aulas del colegio. Aflua de todas partes la juventud mexicana que escuchaba de los lábios de los maestros, los principios republicanos que constituian el credo político de la época, época, lo repetimos, llena de esperanzas, no manchada todavía con los mezquinos intereses que más tarde se desataron como un huracán sobre la desgraciada patria. Nada extraño es en consecuencia que de este instituto clerical hayan salido grandes notabilidades del partido demócrata á desempeñar altos puestos en la Federacion y en los Estados.

Hemos entrado en estos pormenores, porque influyen también en la vida de nuestro Ocampo, quien habiendo regresado de México, después de concluir sus estudios en la escuela primaria, hizo en el Seminario de Morelia una brillante carrera, ocupando año por año los primeros lugares, respetado siempre de sus compañeros y considerado por los superiores de la casa.—Silencioso y meditabundo por naturaleza, se mantenía por encima de

las burlas del colegial; pero cuando álguien queria molestarlo, disparaba sobre él una sátira terrible, á la vez que finisima, consiguiendo el doble objeto de alejar al importuno y de no captarse un enemigo. Conocemos nosotros algunos de sus agudos chistes; pero los callamos, porque viven todavía las personas contra quienes fueron dirigidos.

Sin embargo del esplendor del Seminario y de su bien adquirida fama, la ambicion del saber no tenía en aquel tiempo mas horizontes que la profesion del abogado ó el estado eclesiástico. El Sr. Ocampo siguió el estudio de las leyes hasta obtener el título de bachiller en derecho. Entónces volvió á México para hacer la práctica en el bufete de un abogado distinguido.

No pasaremos adelante sin contar un detalle de su carácter que influyó decisivamente en el porvenir de su carrera.

La Sra. Tapia habia muerto, nombrándole su heredero universal y haciéndole especial encargo de que continuase hasta su conclusion un pleito judicial á que estaba afecta de nuevo la hacienda de Pateo. El pleito se seguia con-

tra un coheredero de la testadora: se hallaba en estado de sentencia y era inconcuso que se obtendría un éxito favorable para el Sr. Ocampo. Cuando éste vino de México, se informó de los derechos de su contrario y persuadido de que, cualesquiera que hubiesen sido los errores en la tramitación del juicio, en el fondo, la justicia no estaba de su lado, y contra la opinión y los deseos del abogado de la testamentaria, el Sr. Ocampo transigió el negocio y reconoció en su finca á favor del reclamante un capital de veintisiete mil pesos.

El Sr. Ocampo no quiso concluir ya la carrera de abogado y se entregó con decidido empeño á los estudios de botánica, química, astronomía, idiomas y agricultura, por los cuales tenía una predilección llena de entusiasmo y de constancia. Entónces fué cuando adquirió los sólidos conocimientos en esas ciencias, que le grangearon en el país y en el extranjero su reputación de sábio naturalista.

Así iba corriendo tranquila en México la vida del Sr. Ocampo, agena á los embates de la política; no porque los destinos de su país le fuesen indiferentes, sino porque, extraño á la administración y enemigo del derramamiento de sangre, en aquellos tiempos en que los campos de batalla eran los que decidían no solo de la suerte del país, sino de la marcha de los gobiernos, quería abrir nuevos sende-

ros á los que trabajaban por la felicidad de México, por medio de estudios útiles que, dando á conocer los productos cuantiosos con que la naturaleza dotó á esta tierra privilegiada, sirviesen para la explotación de las riquezas y para el bienestar de los mexicanos.

Era la época en que se anunciaban los primeros síntomas de la separación del importante territorio de Tèxas, cuya pérdida para México no se debe más que á la intolerancia religiosa y á la política exclusivista del partido conservador. No faltaban entónces patriotas llenos de valor y de fè, que, provocando la zaña del hombre funesto, por cuya causa tantas desmembraciones sufrió nuestro ántes riquísimo y extenso territorio, levantáran la voz en favor de los colonos de Tèxas, más bien dicho, en favor de los intereses nacionales.—Uno de ellos fué el Sr. Martínez Caro, que reveló á la Nación Mexicana la oscura política de Don Antonio López de Santa-Anna y sus vergonzosos procedimientos en la acción de San Jacinto. Su folleto provocó la cólera del partido dominante, y la muerte del folletista fué decretada. Una muerte misteriosa y traídora, según la práctica de los hombres prominentes de ese partido.

Una noche se verificaba una tertulia de familia en la casa del Sr. Lic. Alas. Ocampo que había asistido á la reunión, salió á desem-

peñar un encargo de la esposa de su antiguo tutor. En vano se esperó su regreso durante toda la noche, en vano se le buscó en su casa al día siguiente. Ocampo había desaparecido y fueron inútiles las infatigables pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero, hasta que un día, un amigo suyo, el Sr. Lic. Don Luis Couto, (á quien debemos la mayor parte de estos apuntes), recibió un papel sucio y ajado, en que el Sr. Ocampo le avisaba, que al salir de la casa del Lic. Alas había sido asaltado por unos hombres desconocidos, había recibido dos heridas en el costado izquierdo y se le conducía por caminos estraviados, ignorando el destino de este viaje misterioso.

Vamos ahora á decir lo que había pasado. Martinez Caro, autor del folleto contra Santa-Anna, tenia un completo parecido con el Sr. Ocampo, y los asesinos officiosos ú oficiales, al herir á este último, creyeron herir á la víctima designada. Cuando hubieron conocido su engaño dieron aviso, y entonces..... había que ocultar un crimen inútil. El Sr. Ocampo fué conducido á Veracruz, no faltó un nuevo Picaluga que llevase un pasajero, sin consultarle su voluntad, y el navio levó anclas y se perdió en las llanuras del Atlántico. (1)

(1) En otra biografía del Sr. Ocampo se asegura que el episodio que acabamos de referir no es exacto. Se

Antes de ser embarcado, un amigo suyo que casualmente se encontraba en Veracruz, le proporcionó algunos fondos que le fueron robados al llegar á L'Havre, en cuyo punto se le concedió marchar libremente á donde quisiese. Así entró á Francia, solo, desconocido y sin dinero para vivir en aquel dispendioso país.

Ya en el extranjero, el Sr. Ocampo, sin preferir una queja contra sus agresores, avisó el punto de su residencia y pidió recursos, que le fueron enviados de su hacienda. Entretanto le llegaban, se ocupó en hacer traducciones, viviendo con la pequeña suma que estas le producian.

Este viage imprevisto le sirvió para profundizar sus estudios en las ciencias naturales y para relacionarse con algunos hombres eminentes, que siempre le distinguieron con su amistad y que más tarde le propusieron é

dice allí que él mismo fraguó esa anécdota para disculpar su viage á Paris, hecho sin permiso de su tutor. Esto no es creíble para mí, porque en aquella época ya el Sr. Ocampo se maneja por sí mismo, su tutor no se habría opuesto al viage, porque nos resistimos á creer que haya producido una mentira, y además, hay la circunstancia de que en el corazón del Sr. Ocampo que se guarda en el colegio de San Nicolas de Hidalgo en Morelia se ve la señal de una ligera cicatriz.



hicieron aceptar como miembro de algunas sociedades filantrópicas ó científicas.

Estuvo en París; visitó la Italia; admiró las sabias instituciones, los portentos de la industria y la actividad del comercio en Inglaterra, y gozó con la ingente fecundidad de las tierras africanas. Siempre estudiando en el gran libro de la naturaleza, de día en día atesoraba las riquezas de la ciencia, estudiaba los instrumentos agrícolas de Europa y veía las inteligentes prácticas de las labores del campo.

Cuando volvió á su país, se había contraído fuertes créditos por compra de libros y de útiles de labranza. Corto tiempo y siendo muy niño, había permanecido el Sr. Ocampo en su hacienda de Pateo, de modo que en realidad poco sabían de su carácter los dependientes de la finca y los vecinos que habitaban en los alrededores. Se le aguardaba más bien con curiosidad por conocer al viagero que por ver al nuevo propietario. Tan raros eran en aquella época los viajes á Europa, que esta sola circunstancia bastaba para que precediese á la llegada de Ocampo el prestigio de un interés hasta cierto punto romanesco. Se tenía noticia de que era un agricultor consumado y que venía á implantar nuevas prácticas en el sistema rural. La rutina, siempre incrédula y envidiosa, hizo de esto materia para burlas, que se acogían, sin embargo, con alguna re-

serva por los hombres instruidos de la comarca.

Así las cosas, una mañana se extendió la noticia de que el nuevo propietario de Pateo estaba ya en sus dominios. Todos espieron una oportunidad para hablarle, y todos le hablaron y todos le respetaron y le quisieron cordialmente. A los dueños de fincas circunvecinas les refería los progresos de la agricultura, les daba reglas para obtener dobladas las cosechas y les demostraba su sistema con una convincente sencillez; á los peones les estimulaba con el ejemplo, les trataba como un padre cariñoso á sus hijos, á los pobres que acudían á él, llevados por la fama de sus bondades, les acogía con tal cariño y les despedía con tanta generosidad, que pronto el nombre de Ocampo era bendecido en muchas leguas á la redonda.

Era un verdadero día de fiesta aquel en que se veía rodeado de niños que le preguntaban cómo eran los países que había visitado, si había luna y estrellas y qué flores se recogían en aquellas tierras. Ocampo se aprovechaba de ese hermoso candor infantil, y su plática, llevada al alcance de sus pequeños interlocutores, se convertía en insinuantes lecciones de geografía, astronomía y botánica, que aquellos tiernos seres aprendían como la cosa

más natural del mundo, sin apercibirse de ello.

El elegante literato Jesus Echaiz cuenta que una vez, siendo muy niño, fué á llevar un recado de su ilustre padre D. Mateo para el Sr. Ocampo. Habiendo penetrado al estudio con otro jóven de su edad, se olvidó de su encargo, divagado á la vista de las aves perfectamente disecadas, y de librerías encajadas de volúmenes que atraían las miradas por su abundancia y por el lujo de sus pastas. Uno de esos volúmenes sobre todos llamó la atención del niño. Era un gran libro de cortes dorados. Echaiz extendió involuntariamente la mano hácia el precioso ejemplar.

—*C'est votre affaire*, le dijo el Sr. Ocampo, es lo que ustedes necesitan, con ese libro van á divertirse mucho. Y sacándolo del estante, lo sacudió con un plumero encarnado y lo arregló en un atril sobre una mesa de madera fina.

Los niños comenzaron á ver flores tan perfectamente pintadas, que las creían naturales y no daban crédito al filósofo que les decía que no eran más que estampas.

—De improviso—dice Echaiz—al volver una hoja un poco más gruesa que las demás, apareció á nuestros ojos un pájaro bellissimo, balanceándose sobre una rama y disponiéndose para cantar.

Y desde aquel punto nos lanzamos en pos de las aves, cada vez más divertidos hasta encontrarnos con el ave del paraíso, cuyo plumaje de oro nos llenó de admiración, arrancándonos exclamaciones que atrajeron al Sr. Ocampo. No le sentimos llegar y tuvo ocasión de oírnos establecer con toda formalidad, que el paraíso existía realmente y que algunos viajeros habían ido allá.

Sonrió el filósofo y les dijo:

—En efecto, á la edad de ustedes existe el paraíso.

Bien pronto la reputación de sabio del Sr. Ocampo pasó las lindes del distrito de Maravatío y se extendió por todo el Estado. En las elecciones del año de 1842 el pueblo le llamó á ocupar un asiento en el Congreso general. Antes de marchar á cumplir con su encargo, expidió una notable circular á los Ayuntamientos de Michoacan, pidiéndoles que le manifestasen sus principales necesidades y desenvolviendo un brillante programa, en el que ofrecía todo su empeño en favor de la instrucción pública, que desde entonces era su pensamiento dominante. En aquella cir-

cular se traslucían claramente las tendencias del jóven diputado á introducir la Reforma en México por medio de un sistema más ampliamente liberal.

Este documento llamó sobre manera la atención pública en el Estado y dió á conocer lo que el señor Ocampo podía valer, rigiendo sus destinos. Desde entónces, el partido puro de Michoacan no tuvo otro candidato para el gobierno.

Su profunda instruccion, la firmeza de sus principios, su conversacion insinuante y amena, su trato finísimo, le granjearon bien pronto la amistad de cuantos en México figuraban en primer término en todas las clases de la sociedad.

Sin que sus discursos brillasen por la forma literaria, habia en ellos una argumentacion tan sólida, una tan clara exposicion de los principios y una lógica tan severa y tan convincente, que el señor Ocampo conquistó con mucha facilidad un lugar distinguido entre los oradores de la Cámara.

Nos basta haber citado esa fecha memorable—1842—para que nuestros lectores recuerden que el señor Ocampo perteneció á uno de los congresos más notables en la historia de nuestro país. Convocado en cumplimiento de la 4.<sup>a</sup> base de Tacubaya, su misión era la de constituir á la nacion que en esa vez

escojió para que la representasen á los hombres más distinguidos, como Ocampo, Otero, Gordoza, de la Rosa, Morales, Ramirez (Don Fernando), Lafragua, Ceballos, Baranda y Gómez Pedraza.

Los agentes del poder ejecutivo, asustados de la opinion dominante en el Congreso, que queria dar un paso más avanzado en el sendero de las instituciones democráticas, como lo demostraban claramente los discursos de Ocampo, Lafragua y otros, comenzaron á agitar el país, promoviendo manifestaciones que tenian por objeto que los constituyentes aceptasen la política del *justo medio*, y en las que se les marcaba que adoptasen una ley fundamental que fuese una amalgama de la Constitucion de 1824 y de las bases de Tacubaya.

La marcha parlamentaria de aquel Congreso demostró evidentemente al Gobierno que nada podia debilitar el patriotismo y energía de los diputados. Santa-Anna se retiró á Manga de Clavo, como acostumbraba hacerlo siempre que tramaba algun golpe de Estado, y su sustituto el general Bravo disolvió aquel célebre Congreso el 19 de Diciembre de 1842. La Cámara se habia instalado el 10 de Junio de ese año; el 15 de Noviembre comenzó la discusion del proyecto da la nueva constitucion, y el 11 de Diciembre, *veintinueve* vecinos del pueblo de Huexotzingo se pronun-

ciaron, desconociendo al Congreso y pidiendo que una junta de notables, nombrada por el Ejecutivo, formase la constitucion. La guarnicion de México secundó este inconcebible plan, y el general Bravo lo ejecutó. Los diputados, al encontrarse cerradas las puertas del salon de sus sesiones, se reunieron en la plaza de armas, y allí, en medio de un numeroso pueblo, protestaron solemnemente contra violencia. La persecucion se desató contra muchos de los representantes: los Sres. Ocampo, Gonzalez Urueña y otros varios volvieron á Michoacan por caminos escusados, en virtud de avisos secretos que les aconsejaban estas precauciones.

Las brillantes dotes del Sr. Ocampo, que no siempre se encuentran todas reunidas en los hombres públicos, hicieron que más tarde (12 de Agosto de 1846), el gobierno general le nombrase gobernador del Estado de Michoacan. Hay que fijarse en que este nombramiento emanó del gobierno establecido en México, en virtud del pronunciamiento en la Ciudadela del general Salas, contra la administracion conservadora de Paredes.

El partido liberal que veia invadida nuestra frontera del Norte por las armas americanas; que miraba avanzar á los conquistadores, sin que el gobierno de la nacion se ocupase activamente de la defensa, empeñado más

bien en conservar los intereses del bando que lo sostenia, se vió precisado á recurrir á la revolucion para organizarse y hacer frente á la lucha. Tomaron participacion en ese patriótico movimiento hombres tan intachables como D. Valentin Gomez Farías, y se proclamó de nuevo la Constitucion de 24, código imperfecto, pero que en aquel tiempo constituia la bandera de los republicanos.

Tales eran las circunstancias del país, cuando el Sr. Ocampo vino á encargarse del gobierno de Michoacan, acto que tuvo lugar el cinco de Septiembre del año citado.—Uno de los artículos del plan de Jalisco que derrocó á Paredes mandaba convocar al pueblo para las elecciones, tan luego como el país recobrase su libertad. Ocampo expidió la convocatoria, y el 25 de Noviembre del mismo año, la 7.<sup>a</sup> legislatura del Estado le declaró gobernador constitucional del mismo, por el voto casi unánime de los michoacanos.

Activo é inteligente, se dedicó sin descanso á reunir los elementos de guerra de que allí podia disponerse para que Michoacan tomase dignamente la parte que le correspondia en la guerra contra los americanos.

Entonces se formó el batallon *Matamoros*, guardia nacional del Estado que tantos timbres de gloria alcanzó en aquella campaña y que tan firme apoyo fué despues de los princi-

pios liberales en la revolución de Ayutla y en la guerra de Reforma, y de la independencia nacional en la campaña contra la intervención francesa.

No por estar ocupado Ocampo en las cosas de la guerra, olvidó su pensamiento dominante, la instrucción pública. En medio de la penuria del erario, consiguiente á aquella situación, halló fondos para establecer escuelas; y por primera vez entónces, las grandes municipalidades de indígenas oyeron enternecidas la voz balbuciente del niño, deletreando el silabario.

Las ideas de patriotismo, que tan puras y regeneradoras cundieron inmediatamente después de la independencia, principalmente en los colegios, encontraban ya su mayor enemigo en las aulas seminaristas; y cuenta que en aquella época el clero tenía monopolizadas las cátedras. La gran cuestión de *la enseñanza laica*, era totalmente desconocida entre nosotros; no solo, si álguien se hubiese atrevido á proponerla, fundándola en su importancia social y política, hubiera encontrado una resistencia tal que habría hecho inútiles todos sus esfuerzos. Ocampo que lo comprendía bien, pero que no vacilaba en llevar á cabo esta revolución bienhechora, sin revelar el objeto de sus miras y antes bien, como halagando las ideas del clero, reestableció el extinguido colegio de

San Nicolás obispo, á cuya historia están unidos los nombres de Fray Juan de San Miguel, de D. Vasco de Quiroga, de Hidalgo y de Morelos: en 17 de Enero de 1847, se abrieron á la juventud las puertas de ese *instituto civil*, honor y gloria de Michoacan. Como un tributo á la justicia, debemos consignar aquí, que en esta empresa fué muy eficaz la cooperación del entusiasta doctor D. Juan Gonzalez Urueña; pero sobre todo, la del distinguido patriota Santos Degollado, quien desde algun tiempo ántes habia concebido llevar á cabo esta obra importante. El Sr. Degollado disfrutaba un elevado empleo en la Haceduria de la Catedral, que le grangeó cierta influencia entre los canónigos, influencia que él supo aprovechar para que se cediesen al gobierno los capitales de aquel antiguo colegio, el primitivo en la Nueva España. Así, la historia de ese establecimiento consigna en sus páginas nombres ilustres de santos obispos; de humildes, pero tiernos y generosos evangelizadores; del distinguido historiador Clavijero; de los dos más grandes héroes de la Independencia.—Hidalgo y Morelos— y de los más notables campeones de la guerra de Reforma, Ocampo y Degollado.

\*  
\*

Se ve, pues, que el Sr. Ocampo consagró todo su pensamiento á la educacion literaria de la juventud, en medio de circunstancias tan dificiles para la nacion. Cualesquiera que fuesen las necesidades de actualidad, en aquella época en que no podemos decir si habia más peligros para la patria de parte del Ejército norte-americano ó de parte del bando clerical, quien, por salvar una pequeña parte de sus intereses, provocaba asonadas y ponía toda clase de trabas al gobierno de la nacion. Ocampo comprendia que el porvenir de la República no es otro que abrir á los jóvenes las puertas del saber, fuente de patriotismo y secreto donde se encierran la fuerza y el valor civiles.

Su nombre habia alcanzado todo el prestigio que da el patriotismo desinteresado, y lo vemos figurar, compitiendo con el de D. Valentin Gómez Farías en la eleccion de Vice-presidente de la República hecha por el Congreso de la Union, en momentos en que dicho funcionario debia forzosamente entrar á hacerse cargo de la presidencia, por hallarse á

la cabeza del Ejército el general Santa-Anna, nombrado presidente.

El Sr. Ocampo permaneció en el gobierno hasta el 29 de Marzo de 1848, en que, admitida su renuncia, entró á sustituirle el gobernador interino ciudadano *Santos Degollado*. Durante el desempeño de su encargo, al mismo tiempo que fundaba escuelas y abria colegios, prestó importantes servicios á su patria en aquella injustificable guerra que no reconoce otro origen que la frase cabalística y ambiciosa del *destino manifesto*, alentó el patriotismo de los pueblos, envió dinero y armas para la campaña contra los americanos, siendo Michoacan y San Luis Potosí los Estados que se distinguieron por su desprendimiento, y avivó el espíritu público de los michoacanos, participándoles con toda verdad los sucesos desgraciados de la guerra. Son notables en este sentido su proclama despues de la batalla de Padierna y su carta al general Valencia, reprochándole su desobediencia á las órdenes del superior y su desacierto en la direccion de ese infausto hecho de armas.

Por algun tiempo, y con licencia de la Legislatura del Estado, se reunió en Querétaro con el gobierno general, emigrado de México, asistiendo á las dos juntas de gobernadores, convocadas por el Sr. Peña y Peña á fin de tratar asuntos importantísimos, entre ellos

las bases para los tratados de paz con la República del Norte, que poco despues se celebraron en la ciudad de Guadalupe Hidalgo. En la discusion de este asunto, el Sr. Ocampo desplegó notable energía, hablando el lenguaje del más puro patriotismo.

Mas tarde, habiendo renunciado el cargo de Gobernador, volvió á Querétaro á ocupar su asiento en el Senado, y aunque las Cámaras del Congreso no pudieron reunirse el dia señalado, el Sr. Ocampo ayudó al Gobierno con sus sabios consejos que no fueron escuchados del todo, en medio de tantos intereses opuestos y de la confusion de tan diversos elementos como había en torno de aquel gobierno.

Ocampo queria, ó la paz con la dignidad, ó la guerra indefinida, aunque fuese la guerra de montaña.

Hemos indicado que su permanencia en Europa le habia hecho contraer algunos créditos, que unidos á los veintisiete mil pesos que reconocia en Pateo á favor de un coheredero de Doña Francisca Tapia, importaban una suma considerable que el Sr. Ocampo quiso

pagar, sin omitir sacrificio alguno. Con este objeto propuso en venta la referida hacienda, que compró el Sr. D. Claudio Ochoa, habiéndose reservado su antiguo propietario una fraccion inculta que se llamaba "Rincon de Tafolla." Libre de esos compromisos, se consagró á formar su nueva finca rural: tomó de agua, potreros para las sementeras, bosques, jardin, una modesta, pero poética casita, un bellissimo sitio cubierto de cedros y cipreses que destinó á panteon de su familia; hé aquí la Ferney del filósofo michoacano. Los viajeros que hacen con frecuencia el camino entre México y Morelia, nunca pasan por aquel sitio sin tributar un recuerdo de respeto al hombre immaculado que formó aquel hogar.

Los que por primera vez transitan por allí preguntan cuál de aquellas haciendas pintorescas se llama POMOCA.

*Pomoca*, el anagrama de Ocampo, es el nombre de la humilde alquería.

A pocos pasos corre un manso arroyuelo, cuyas márgenes están cubiertas por seculares y oscuros sabinos que forman un bosque misterioso. ¡Cuántas veces el sabio naturalista se entregaba á la sombra de aquellos árboles á meditar en el porvenir de su patria! Quería la regeneración de ésta, no por la fuerza de las armas en combates sangrientos, sino por medio de la instruccion que es el bautismo

purificador de los pueblos. Quería la prosperidad pública y el bienestar privado, no por la burocracia, sino por el trabajo libre, el sudor del hombre, agua santa que fecundiza la tierra y hace producir la riqueza. Cáliz era su corazón, lleno de amor y de ternura, y por eso le espantaban tanto las guerras civiles: y desde el fondo de su retiro enviaba á su país, envuelto en los horrores de la revolución, aquella frase cristiana y sublime, que puede considerarse como el lema de su vida pública: "HABLANDO Y NO MATANDO ES COMO HABREMOS DE ENTENDERNOS."

Pero si sus manos nunca empuñaron el arma fratricida, no por eso Ocampo esquivaba el combate. Campeón denodado del progreso y de la libertad de los pueblos, entraba con fe y con valor á la lucha, pero en la lucha de la inteligencia contra las preocupaciones, del derecho contra la tiranía. Su campo de batalla era el terreno de una leal y franca discusión. Sus folletos contra los abusos del clero y contra el despotismo del partido conservador, eran para sus enemigos armas terribles que iban á herirles siempre en el corazón, en tanto que para sus amigos eran páginas santas del evangelio de la Democracia. Sus escritos se leían con avidez en toda la República y se conservan todavía como veneradas reliquias.

Concluida la guerra con los americanos, la nación entró en un momentáneo reposo, que todos creían un síntoma de bienestar y de paz. Tanto el gobierno de la Union como los de los Estados se apresuraron á emprender vigorosamente la reorganizacion política y administrativa del país, tan desatendida durante la guerra. El Congreso habia declarado Presidente de la República al general D. José Joaquin de Herrera, uno de los hombres públicos más patriotas y probos que han honrado la suprema magistratura.

El ejército invasor se habia retirado en virtud del término de la guerra, y los Poderes de la nación volvieron á ocupar la capital. Allí vemos de nuevo figurar al Sr. Ocampo entre los miembros más distinguidos del Senado, en cuya Cámara propuso varios proyectos que tendian á llevar á cabo la obra de la reorganizacion.

Fácilmente se comprende que en aquellas



circunstancias, el ramo de la administracion pública que más necesitaba de un cuidado especial, era el de la Hacienda. El Sr. Ocampo fué llamado á ese ministerio, en sustifucion de D. Francisco Elorriaga, en 1.º de Marzo de 1850. Se entregó con decidido empeño y con la abnegacion que le era genial á moralizar la recaudacion de los impuestos y á crear, por decirlo así, el órden y la economía en las oficinas.

Comprendiendo que en el sistema hacendario, más importa la estricta aplicacion de una ley sencilla que la aglomeracion de nuevos proyectos; en vez de proponer, como era costumbre de cuantos entraban á encargarse de esa Secretaría de Estado, un plan nuevo de arbitrios, todos sus esfuerzos se dirigieron á que el Congreso se ocupase de las iniciativas que le habian sido presentadas por los anteriores ministros, esperando indicar en la discusion las reformas que le parecian convenientes; pero el cuerpo legislativo dedicó sus labores á otros asuntos de menor importancia, y viendo el Sr. Ocampo que no eran secundadas sus justas aspiraciones, renunció el ministerio y se retiró á la soledad de su finca, como lo hacia siempre que su alma estaba cansada.

El año de 1851 vino lleno de agitaciones a presenciara una de esas luchas electorales más reñidas y de más oscuro éxito que hayan tenido lugar en el país. El partido conservador que se habia aprestado á la contienda por medio de sus periódicos—en México con el *Universal* y en Michoacan con el *Sentido Comun*—se presentó insolente y audaz en los comicios, haciendo jugar el prestigio de la religion y el poder del tesoro clerical, en favor de sus candidatos. Sin embargo de todo ese imponente aparato, los liberales obtuvieron un espléndido triunfo: el general Arista ocupó la silla presidencial, y la ley de la Legislatura de Michoacan que declaraba al C. Melchor Ocampo gobernador constitucional del Estado, fué á sorprenderle en su querida Pomoca y á arrancarle de sus estudios tranquilos y de las gratas labores de sus siembras.

La derrota electoral del partido retrógrado produjo en éste tal rabia de despecho é impo-

tencia, que desde aquel tiempo se viene notando el furor con que el clero se ha lanzado á combatir á los liberales, ya gastando, como en la revolucion de Jalisco, sus cuantiosos tesoros, ya sosteniendo y casi deificando á Santa-Anna, el hombre más funesto de México, ya haciendo levantar al ejército contra la nacion, como en las revoluciones de Puebla y como en la que proclamó el plan de Tacubaya, ya trayendo al extranjero para teñir con sangre del mexicano los verdes campos de la patria, como en la intervencion francesa, ya como hoy en que ha armado el brazo del fanatismo, ora con el puñal del parricida, ora con la tea del incendiario. (1)

Así es que tal nombramiento, no solo era la expresion del afecto que el partido liberal michoacano profesaba á su candidato; significaba tambien los deseos de dar un pasó en la reforma del clero, como una necesidad que cada dia veniase haciendo más apremiante por los abusos que los clérigos cometian en el desempeño de sus deberes y por el insultante orgullo que desplegaban los altos miembros de la gerarquia eclesiástica. En esos dias, el Sr. Ocampo, no contento con publicar folletos

1 Esta biografía se escribió durante la revolucion que asoló á Michoacan en 1874 hasta 1876. Fué llamada de «Los cristeros» y fomentada activamente por el clero.

que ponian de manifiesto esa conducta reprehensible de los que se dicen ministros de un Dios que vino al mundo á predicar la humildad y el amor á todos los hombres, habia solicitado de la Legislatura la reforma de los aranceles parroquiales.

La eleccion del Sr. Ocampo indicaba, pues, el triunfo de las aspiraciones del partido liberal.

Aunque el decreto de la declaracion estaba fechado en 28 de Febrero de 1852, Ocampo no tomó posesion de su encargo, sino hasta el 14 de Junio siguiente. Recordamos que su primera visita oficial—él decia visita de familia—fué al colegio de San Nicolás de Hidalgo. Pasó revista á aquella juventud que él llamaba su *ejército*, dirijiendo algunas preguntas y algunas frases llenas de ternura á los estudiantes más niños, á quienes nombraba *los cazadores*.

Dos meses despues, la guerra civil habia levantado su repugnante bandera en la capital de Jalisco y no tardó en vérsela aparecer en Michoacan, cargada con las nubes sombrías de un futuro borrascoso. Altos personajes de la curia eclesiástica y del foro entre los abogados conservadores, dirijian en Morelia á las gavillas clericales de Bahamonde y Burro de Oro, apodo con que era conocido el rico propietario Velarde.

Llegó el 16 de Septiembre de ese año. Morelia se apresuró á celebrar con espléndidas fiestas el aniversario de la independencia nacional; y para dar más realce al programa, la junta patriótica nombró orador al ciudadano Melchor Ocampo.

Estábamos en ese día confundidos entre los alumnos del colegio civil que asistían al acto oficial; vimos levantarse del sillón al insigne patriota, que subió á la tribuna y quedó frente á frente del retrato de Hidalgo. ¿Qué simpática relacion había entre esas dos grandes figuras de nuestra historia? No nos lo explicábamos entónces, pero nos parecía que las palabras de Ocampo hallaban una acogida protectora en la imágen del venerable anciano de Dolores.

El discurso del orador causó profunda sensación en el Estado. Todavía hoy se citan sus palabras solemnes, sus frases sentenciosas y la energía del estilo. Pintó á grandes rasgos el cuadro sombrío de la situación, expuso los peligros en que se veía envuelto el porvenir y conjuró al ángel de la union para que cobijase con sus alas al gran partido liberal. Estaban húmedos los ojos del tribuno, y la emoción arrancó lágrimas á los oyentes que se dispersaron silenciosos, agobiados de la más profunda tristeza. No queremos pasar desapercibido que entre éstos se hizo notar el rec-

tor del colegio Seminario, Don Pelagio Antonio de Labastida á quien la opinión pública suponía uno de los directores de la revolución en Michoacan.

Es bien sabido en Morelia que habiéndose denunciado entónces, una reunión de conspiradores, en la que figuraban los hombres más notables del partido conservador y del clero, una noche se presentó Ocampo en medio de ellos, logrando con sola su presencia desconcertar sus planes y hacer abortar un motín que debía tener próximamente su verificativo en la capital misma del Estado. Aunque en la junta que se celebraba en uno de los conventos de esta ciudad, no halló el Gobernador una prueba evidente de que en ella se conspiraba; algunos de los conjurados, temerosos de que más tarde se averiguase la verdad, salieron á reunirse con los revolucionarios, y otros más confiados se quedaron allí; pero de todos modos, Ocampo logró su objeto: evitar un escándalo en la capital. Sin embargo, la opinión pública, y con ella datos irrecusables, denunciaban al antiguo reaccionario, general D. José de Ugarte, de estar fomentando la revolución y prestándole todo el apoyo que le daba su prestigio de jefe del ejército y de persona caracterizada. El gobierno ordenó su prisión, y llevada á cabo, supo el Sr. Ocampo que la familia del preso

estaba entregada al llanto y sumergida en la más profunda aflicción. No pudo su alma sensible mirar esta situación con la indiferencia del juez ni con la sangre fría del partidario, y aquel conspirador fué puesto en libertad, sin condición alguna, acto que nadie dejará de considerar, sino como un acto de debilidad; pero que prueba cuánta era la bondad de sentimientos del Sr. Ocampo.

La revolución de Jalisco, aunque proclamaba los principios de los liberales, no engañó á estos que no vieron en ella sino los manejos ocultos del partido clerical, partido que nunca ha definido netamente su programa político, que siempre ha querido halagar al pueblo, apellidando las ideas de libertad y de patria y que, avergonzado de sus propias aspiraciones, busca ocultarlas con el manto de las ideas republicanas.

Bien comprendieron los demócratas á dónde se dirigian las tendencias de los que habían promovido el motin acaudillado por Blancarte; contra él protestaron enérgicamente el Sr. Ocampo, Gobernador de Michoacan y los de los Estados de México, Puebla, Querétaro, Guanajuato, Veracruz, San Luis, Oaxaca, Zacatecas, Guerrero y Tamaulipas.

Los pueblos de la República no fueron indiferentes á ese grito de alarma del patriótico

mo, y en todas partes, la revolución de Jalisco causó profunda indignación.

Pero entre los pueblos de la República, hay uno de gloriosos antecedentes, inscrito con letra de oro en la historia de nuestra independencia, grande por el valor de sus hijos, patriota hasta el sacrificio de sí mismo y que es el orgullo de Michoacan. Podríamos abstenernos de escribir su nombre, porque todos saben que se trata de Zitácuaro.

En esa tierra de héroes, el grito retrógrado de Guadalajara produjo una reacción contraria, y en Diciembre del mismo año, los vecinos de la heroica villa, se agruparon en la sala municipal y *levantaron una acta de pronunciamiento.*

Los que dieron hospitalidad á Rayon, los que encendieron días de gloria á la patria en las asperezas de aquella serranía y en la majestuosa cumbre del Cópore y los que ofrecieron ejemplos de arrojo y de temeridad á las huestes españolas, proclamaron entonces, por primera vez en México, la tolerancia de cultos, la abolición de las alcabalas, la secularización de los bienes eclesiásticos para proteger y fomentar la industria y la supresión de los privilegios del clero y del Ejército.

Los habitantes de Zitácuaro sabian bien que este plan revolucionario era el credo político del C. Melchor Ocampo, y por eso, el fi-

lósofo era llamado en él á ser el caudillo del movimiento republicano.

Ocampo antes que partidario, antes que político, era el hombre de la conciencia severa y del deber puro y limpio, y se negó á autorizar aquel pronunciamiento, que tanto halagaba su corazón; pero que tendria que combatir como gobernante leal y honrado.

Estos mismos sentimientos le impelian á consagrar toda su atencion á la campaña. Reunía á toda prisa los elementos con que contaba Michoacan para combatir á los rebeldes.

Puso en alta fuerza el valiente y simpático batallon *Matamoros*, cuya oficialidad se componia casi toda de alumnos del colegio de San Nicolás de Hidalgo, y al descalabro que las tropas del Estado habían sufrido en Tlazazalca, siguió la espléndida victoria de las lomas de San José en Pátzcuaro, en que los nicolaitas se batieron heroicamente.

Inútiles fueron los esfuerzos del Sr. Ocampo. Los vergonzosos tratados de Arroyo Zarco y el impolítico golpe de Estado de Ceballos, introdujeron el pánico entre los liberales. Los acontecimientos se precipitaban y la confianza había desaparecido. Hizo Ocampo renuncia del gobierno: el 24 de Enero de 1853 le fué admitida en el mismo decreto en que la

Legislatura le acordaba un voto de gracias por el buen desempeño de su administracion.

Si Ocampo hubiera querido, el pueblo de Morelia que le amaba y le veneraba como á un padre, y que entónces era entusiasta por la libertad y el progreso, se habria levantado en masa contra la revolucion; pero más que gobernante, Ocampo era filósofo, y un derramamiento inútil de la sangre de sus hermanos, habria sido un remordimiento para su corazón.

Tranquilo y sin afectacion ninguna, preparó su viage á la vista de todos, y aceptando la hospitalidad del honrado, cuanto leal amigo suyo, Don Cayetano Gómez, marchó á la hacienda de San Bartolo, propiedad de aquel señor: desde allí escuchó el estrépito lejano de las armas, siguió la caída desastrosa del partido liberal y supo que se entronizaba en la nacion el gobierno militar de Santa-Anna.

De nuevo los solitarios bosques de Pomoca, le vieron llevar sus lentos pasos, de la biblioteca al jardín, del jardín á las sementeras, de allí á la cabaña, donde alguno de sus peones se hallaba enfermo, para prodigarle sus consuelos, recetándole él mismo y proporcionando á la familia los medios de subsistencia que aquel no podia entónces ministrarle.

Todo un libro se necesitaria para referir los

actos de caridad oportuna que ejercia con tanta frecuencia, así como su generosa protección á los jóvenes que emprendian alguna carrera literaria, apropósito de lo que podriamos referir interesantes episodios, que callaremos por no lastimar á algunas personas que viven hoy colocadas en la sociedad, si no de una manera brillante, sí disfrutando de consideraciones que deben su origen á la munificencia y al desinterés del filósofo.

No dejaremos, sin embargo, de consignar algunos hechos que demuestran hasta qué grado llevaba aquel hombre benéfico la santa acción de su filantropía. Antes, manifestaremos que, estando en el gobierno del Estado, fundó y reglamentó el hospicio de pobres que subsiste todavía, acogiendo á muchos desvalidos, para quienes seria imposible recurrir á la caridad de los particulares.

\*

El Sr. Ocampo compró un solar en Morelia para dedicarse al cultivo de las flores en los ratos que le dejaban libres los trabajos del gobierno. Sembró plantas esquisitas, confiando el cuidado del jardin á un hombre del pueblo, permitiéndole que vendiera las flores, sin más restriccion que la de dar á una hija del propietario, las que quisiera para su tocador. Una vez que aquella joven hizo uso de tal derecho, el ingrato jardinero le manifestó su desagrado en términos descomedidos. Luego que el Sr. Ocampo supo tan desagradable ocurrencia, quiso vengarse del ofensor de su hija y lo hizo como acostumbraba. Remitióle la escritura pública en la que trasmitía al jardinero la propiedad de la casa y solar á título de donacion perpétua.

Otra vez llegó á manos del Sr. Ocampo un folleto en el que lo injuriaba gravemente el médico D. José Indelicato. Sus amigos pensaban que el ofendido pediría satisfacción individual á su calumniador, ó por lo ménos que, hecha la denuncia del libelo infamatorio, aguardaría el castigo del escritor insolente. No fué así: hizo que se le diera una fuerte cantidad de dinero, diciendo: "Este desgraciado me insulta porque tiene hambre."

Pocos días despues, el médico reconocido escribió un artículo en que ponderaba las virtudes de su benefactor.

Un día se hallaba debajo de unos árboles á la orilla de un camino, cuando llegaba á su hacienda un atajo suyo que le servía para trasportar las semillas. Un peon que no le habia visto, exclamó:

—Con este atajo seria yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, contestó Ocampo, y has porque se realicen tus deseos, pensando en tu familia.

Otra vez venía caminando de Tápán para Pateo en compañía del Sr. Lic. Luis Couto. Les sorprendió una tempestad deshecha. El Sr. Couto se abrigó con un capote de hule y